



JUAN CARRÁ

LEER ES
FUTURO



ANTES Y DESPUÉS
DE LA MUERTE
JUAN CARRÁ

* ILUSTRADO POR: **GALEZ**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Carrá, Juan

Antes y después de la muerte / Juan Carrá ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Galez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015.

84 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 25)

ISBN 978-987-3772-84-9

1. Cuentos. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Galez, ilus. III. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

JUAN CARRÁ



MAR DEL PLATA, BUENOS AIRES, 1978. Es periodista y escritor. Fue distinguido con el premio Alfonsina en el rubro “creación literaria”. Publicó las novelas *Criminis Causa* (Letra Sudaca) y *Lima, un sábado más* (Vestales). Participó de la antología de cuentos *Charco Negro* publicada en Argentina y España (WuWei y Unomasuno) y en *Poca cosa*, antología de relatos breves (Letra Sudaca).

Fue jefe de la sección Policiales-Judiciales del diario *El Atlántico* de Mar del Plata. Participó de numerosos paneles sobre temas policiales, judiciales y de derechos humanos. Trabaja en la Agencia de Información Jurídica Infojus Noticias.

GALEZ



BUENOS AIRES, 1973. Es diseñador gráfico (FADU-UBA) Hizo cinco años de taller de dibujo, pintura y escultura con Rodolfo Cano. Se puede ver más de su trabajo en: > www.galez.jimdo.com

NO CONFÍO EN EL AZAR

I

Ya no puedo dejar de sentirlo. Odio. Asco. Lo siento en el cuerpo. Como un fuego que se anida en el esternón. No hay antiácido que pueda apagarlo. Ahí, como una caldera a punto de estallar, nace lo que siento.

El revólver está cargado. Seis balas de punta hueca en seis alvéolos. Envuelta en una franela pulcra, aceitada, mi arma descansa en el

segundo cajón del escritorio. Abajo del que guarda los papeles del divorcio; arriba del de la petaca de whisky y las pastillas de bicarbonato. Ahí, en el segundo cajón, siempre cerca de mi mano, espera que eso que está a punto de estallar, estalle.

Las cartas de póker caen de a una en el sombrero dado vuelta que está tirado en el piso. La distancia no es mucha: dos, quizás tres metros. El juego: una idiotez copiada de las películas de mafiosos que miro cuando estoy al pedo. Nunca supe las reglas. Me limitaba a tirar de a una las cartas y al final contabilizar cuántas quedaban adentro y cuántas no. Una boludez, pero mejor que cualquier solitario en el que el azar juega más que la destreza.

Odio eso. Odio que algo que no está determinado por mí pese más que mis habilidades. Por eso prefiero las cartas a los dados. Pero los dados antes que la ruleta. De última soy yo el que los tira... Hay azar, pero la habilidad tiene su peso.

La rula me gusta, pero cuando le doy una manito a esa bolita que rebota sin control. Igual hace un tiempo que estoy alejado del juego. La última vez que estuve en el casino fue afuera. En Paraguay. Ahí, en la zona de la triple frontera era más fácil meter la mano. “Meter la mano”, así le decía el Viejo a la movida que hacíamos para llenarnos de guita mientras otros se jugaban hasta las monedas de los pibes a la remota posibilidad de que

la bolita cayera en uno de los 36 números. Una posibilidad en 36, ¿quién carajo puede pensar que va a salir victorioso de semejante estafa? Nosotros, con el Viejo, teníamos la posta. Él era el mejor de todos para la cosa. Era capaz de meter una pila de fichas en el número indicado justo en el mismo momento en el que el crupier anunciaba el ganador. Lo mío era más rústico, como siempre: hacer algo para llamar la atención. Algún grito desubicado, tirar mis fichas al suelo, volcar el vaso de whisky. Hasta desmayarme si era necesario. Cualquier cosa para que en esa fracción de segundo en la que el crupier levantaba la vista de la bola para pasar al paño se fijara en otra cosa. Si yo hacía bien las movida,

cuando el tipo clavara el peón de bronce sobre la retícula del número, éramos los reyes de la noche. La última vez, en Paraguay, la cosa se pudrió: me quedé un poco prendido en las tetas de una rubia de locos que jugaba de a una ficha al 7. El escote y un par de whiskys alcanzaron para que me demorara un par de segundos. Lo que siguió fue una fuga a toda velocidad entre las mesas de black jack y póker. Los tipos de la seguridad nos cortaban el paso, pero el Viejo siempre encontraba una forma de dejarlos pagando. Zafamos por poco y después de eso llegó la separación. El Viejo decidió poner los huevos en otra canasta. Y yo, bueno, yo me dejé convencer por Dylan para invertir mis últimos mangos en un

“rubro nuevo en el que hay que ser pionero para llenarse de guita”. Con esas palabras me hizo el entre y metí mis últimos morlacos en una agencia de detectives privados.

¿Quién es Dylan? Un viejo amigo de la vida... o mejor, el garca de mi ex socio. En verdad se llama Fernando —le decimos Dylan porque usa el pelo enrulado y despeinado como el rockero y trata de parecersele en todo, incluso en el andar desgarrado—. No duramos mucho juntos. Al poco tiempo me cagó y se fue. Lo peor de todo es que él era el que manejaba la agenda de clientes. Él cerraba los tratos, yo investigaba. Él entregaba los resultados y cobraba, yo recibía mi parte y todos contentos. Él hacía la cosa fina, yo el laburo duro. Como

con la ruleta. Hasta que el muy macanudo me cagó. Bah, mejor dicho, hasta que —no hace mucho— me di cuenta de que me estaba jugando por atrás.

Y acá estoy. Desde que me quedé solo no tengo mucho trabajo. Mejor dicho, no tengo trabajo, solamente un par de llamados al día: casi siempre equivocado; si no, alguna cuenta por vencer o alguien preguntando por Dylan.

A la mala racha hay que sumarle el calor de órdago que hace en esta oficina. El ventilador mueve el aire caliente de un lado a otro. La persiana está cerrada totalmente. Ni una hendidija queda. No quiero que se cuele una gota del sol de enero. Ya habrá tiempo para abrirla

a la noche, cuando el aire se vuelva un poco más respirable gracias a la cercanía del mar. La camisa cuelga del perchero. Si suena el teléfono y tengo que salir, será cuestión de bañarme antes de ponérmela. Es la única sana que me queda y tiene que tirar hasta el sábado. Recién es martes.

Si estuviera Dylan, la cosa sería diferente. Pero ya no está... hace un mes, mes y medio, que nos separamos. Estábamos con el caso de la señora Meyer. Una vieja paranoica llena de guita que decía que el nieto la quería matar para quedarse con todo. El nieto, un salame a cuerda que no servía ni para espiar. Pero bueno... ella nos contrató por un buen billete para que lo siguiéramos por una semana. “Las

24 horas vigilado”, me dijo Dylan y yo me dediqué a eso durante toda la semana. El pibe se movía entre el hipódromo y un edificio del centro en el que entraba a las tres de la tarde y salía a las seis con el pelo mojado. Después su casa. Siempre en auto. Siempre solo. No laburaba nunca o al menos no se le notaba.

Un viernes, justo cuando me quedaban un par de horas para que todo terminara, me agarró un retorcijón que no pude aguantar y me fui de una escapada a la oficina. Fue una cagada, literalmente hablando. Abrí la puerta y sobre el escritorio, en bolas y a los gritos, estaba Dylan. Arriba, galopando como una yegua, mi esposa. Me quedé helado. Parado en la puerta de la oficina, mientras ellos me miraban y

seguían moviéndose por la inercia del orgasmo a punto de llegar. Todo se fue a la mierda. La agencia y mi matrimonio.

El hijo de puta de Dylan con la bragueta a medio subir me miró y con la sonrisa ladeada me dijo: “No te vas a calentar por esto”. ¡No, qué va, la concha de tu hermana! No lo bajé de un tiro en ese momento porque el revólver estaba en el cajón. El caso de la vieja no ameritaba estar armado. Por eso no lo maté ese día. Ni a ella. ¡Hija de mil putas! Me cagó y se quedó con todo. Por eso estoy con esta camisa de mierda que lavo todos los sábados en la piletita del baño.

Pero hoy es martes, el calor calcina el asfalto y todavía faltan seis horas para que baje el

sol. Apenas pase voy a ir a ver a mi ex. Quiero mi ropa. Nada más. Lo demás que se lo metan en el orto. Ella y Dylan.

En el bolsillo me quedan 500 pesos. Bastante menos de la mitad de lo que le cobramos a la vieja. Dylan se llevó el resto. No me importa. No quiero deberle nada. Espero no volver a verlo nunca. Porque si lo cruzo, no me va a quedar otra. Voy a tener que matarlo.

II

Teléfono. Uff. ¿Quién carajo llama a esta hora?

—Hola...

—¿Señor Dylan?

—No, ese tipo ya no trabaja más en esta agencia...

—Ok... gracias...

—Espere... ¿puedo ayudarla en algo?

—Quiero contratar los servicios del señor Dylan. Me lo recomendó la madre de una amiga.

—¿Quién?

—La señora Meyer...

—Ah sí... yo realicé ese trabajo...

La señora Meyer no es ni más ni menos que la vieja paranoica. Al final voy a tener que vivir agradecido con esa cogotuda. Gracias a ella me di cuenta de que era un cornudo y ahora recomienda a una clienta. Mi primer laburo sin Dylan.

—Bien, entonces... ¿usted está a cargo de la agencia?

—Efectivamente. ¿En qué puedo ayudarla?

—Por teléfono no...

—Perfecto, la espero en la oficina cuando quiera.

—¿Hoy?

Miré el reloj. No puedo creer lo que me está pasando. Son las 2 de la mañana.

—¿Hoy... ahora?

—Sí... cuanto antes.

Esta mina está loca o tiene un quilombo imposible. No puedo decirle que no. Hay que pagar las cuentas y, sobre todo, comer.

—Bueno, en una hora... ¿Le parece bien?

—Salgo para allá.

Cortó. Una hora es una hora. Cómo que salgo para allá. Debe vivir lejos. Voy a tener que bañarme. Bueno, lavarme un poco. Por lo menos los dientes.

III

Es hermosa. El pelo castaño le cae lacio dividido en dos. Exactamente en el medio de la cabeza está la raya. De ahí parten dos tramos brillosos que terminan a la altura del escote. Hermosas tetas. No usa corpiño. O los pezones los tiene tan duros que vencieron la tela. No, no usa corpiño. Se nota cuando camina. Se le mueven en un vaivén que me hipnotiza.

El vestido rojo le queda pintado. Es elegante. Demasiado para una entrevista con un detective. Menos mal que me dio tiempo de planchar la camisa y engominarme el pelo. No llegué con la barba. Debe venir de otro lado. De una fiesta, un cóctel. Ya está sentada frente a mí. Le doy unos treinta. No más. Apenas se saca los anteojos oscuros, me doy cuenta de que los lleva para ocultar el llanto. Tiene los ojos rojos. Hinchados. Se viene de infidelidad, seguro. Pero, ¿no podía esperar hasta un horario razonable? ¡Qué obsesiva!

—Usted dirá señorita...

—Señora. Señora, Cristina Murray.

—Murray... ¿Inglés?

—Irlandés.

Arriesgué al pedo. Seguro que le erraba, nunca fui bueno con el origen de los apellidos. Para esas cosas estaba Dylan. Él era el tipo amable. Yo casi nunca tenía contacto con el cliente. Es lo mejor para que una investigación sea buena: el que paga no debe conocer al que hace el trabajo. Así uno se asegura que incluso puede investigar a esa persona. Pero ahora no me queda otra. Tengo que hacer todo yo. Al menos hasta que me dé para contratar a algún ayudante. Pero para eso falta una eternidad. Por lo pronto, lo primero es cerrar trato con esta chica.

—¿En qué podemos ayudarla?

—Acabo de asesinar a mi esposo.

¡Tan hermosa y es una loca de mierda! Una

lástima. Pero bueno, si paga, habrá que seguirle la corriente.

—¿Cómo que mató a su esposo?

—Sí, se me fue de las manos. Quería asustarlo. Le apunté y se disparó el arma.

Cristina agarró su cartera de cuero rojo, se la puso sobre la falda y en un movimiento de dedos parecido al de un chasquido la abrió. Metió la mano y un segundo después la extendió hacia mí convertida en una Browning 9 milímetros. Instintivamente me tiré hacia atrás. A tal punto, que la cabeza me golpeó contra el respaldo de la silla. La mujer me apuntaba de forma inocente, como extendiéndome el arma. Pero yo no podía dejar de pensar que un par de horas antes ese mismo movimiento

le había costado la vida a un pobre tipo.

La miré. Creo que estaba sonriendo. Pero no, era una mueca en su boca que estaba como tatuada en las facciones delicadas de un rostro casi pálido.

—Baje el arma por favor...

—No se preocupe, le quité el cargador.

—Tendría que haberlo hecho antes.

La chica pareció sentirse más incómoda con mi humorada que con el crimen que había cometido. Insólito, pero real. Apoyó la pistola sobre el escritorio. Pude sentir el olor a pólvora inmediatamente. Ese olor me excitaba. Siempre me había provocado algo extraño en el cuerpo. Adrenalina al extremo. Por eso me encantaba disparar, ir al polígono era una de las

actividades más hermosas de una profesión a la que cada día que pasaba odiaba un poco más. Cuando decidí ser investigador privado pensé que la cosa iba a ser de otra manera. Que lloverían casos de crímenes sin resolver, pero francamente después de un tiempo en esta profesión, con cuarenta años encima, podría contar con los dedos de la mano los casos apasionantes y no me alcanzarían las manos de toda la población para las veces que me tuve que revolver entre las miserias de los otros para conseguir un mango. Las infidelidades se llevan el primer puesto en el podio de los casos de mierda. Ser buchón. Seguir a un tipo que está con otra mina para sacarle un par de fotos y dárselas a la esposa afligida que contrató el servicio.

Después, aguantarla llorando hasta que mete la mano en la cartera y paga. Un peldaño más abajo están los casos como el de la vieja Meyer. Esos que son paranoia pura de gente de guita que tiene miedo de que los hagan cagar por la herencia. Y en el tercer puesto de la miseria del investigador privado los casos de celos entre socios. Garcas que están asustados, con miedo a que los duerman y el que hasta ese momento era su mano derecha se quede con todo. Algo parecido a lo que me hizo Dylan.

En los tres tipos de casos, ser buchón es la premisa. Por eso ante los ojos llorosos y la locura de Cristina Murray no pude más que sentirme contento. Un crimen llegaba a mis manos. Lo complicado era que el servicio lo

contrataba la asesina.

—¿Y qué es lo que pretende que haga yo, señora Murray?

—Hacer desaparecer el cuerpo. Ayudarme a que todo siga como antes...

—Usted entenderá que eso no es posible...

—Usted pone la cifra.

Nada peor que esa frase cuando los números no cierran.

IV

—Antes de aceptar necesito escuchar todo.

—¿Todo?

—Sí, con lujo de detalles...

—Ok, me parece razonable...

Las manos pálidas volvieron a meterse adentro del sobre rojo acharolado. Por un momento tuve miedo de que sacara otro fierro, pero no. Entre los dedos índice y mayor Cristina sostenía un largo cigarrillo blanco. En la otra mano, un encendedor a bencina. Lo prendió. Era evidente que no iba a molestarme el humo: el cenicero arriba de la mesa desbordaba de colillas. Por un momento esa mujer en apariencia frágil y seductora se transformó en una especie de *femme fatale* de las mismas películas de donde saqué el jueguito de las cartas y el sombrero. Le faltaba, nada más, una boquilla negra. Si mis cálculos no fallaban, en pocos segundos daría una larga pitada y me

escupiría el humo en la cara. Después seguramente comenzaría un relato extenso, intercalado con el llanto, los cigarrillos y alguna que otra intervención mía. Eran las dos y media de la mañana. Difícilmente terminaría antes del amanecer. Odio dormir de día.

Cristina empezó su relato mientras se ataba el pelo en un rodete que sujetó con un lápiz de mi lapicero.

—No quise matarlo...

—Eso ya me lo dijo.

—Por favor, no me interrumpa, es muy doloroso para mí...

—Disculpe, no pude evitarlo. Siga, por favor.

—No quise matarlo... nada más buscaba asustarlo, y que me dijera la verdad. Estaba

cansada de convivir con la mentira. Mil veces le pedí que me lo dijera. Tuvo mil oportunidades para decirme que tenía una amante. Si me lo decía, yo veía qué hacer... si seguir con él o irme.

Cristina Murray se acomodó en la silla de madera. Estaba incómoda. Lo había notado apenas se sentó, pero no tenía otra cosa para ofrecerle. O la silla o el sillón que estaba convertido en cama. No había alcanzado a volverlo a la normalidad y ponerme a arreglarlo delante de ella me pareció más patético que notara que estoy durmiendo en la oficina. Como sea, la silla de madera era la única opción, a no ser que quisiera que nos acostáramos. Seguro que Dylan se lo ofrecería. Pero

yo no soy Dylan.

—Nada más quería saber eso. Si me engañaba. Por eso lo llamé... su teléfono me lo dio Clara hace un tiempo.

—¿Clara?

—La señora Meyer... es amiga de mi madre. Una tarde llegué llorando a la casa de mis padres, ellas estaban tomando el té en el jardín de invierno. Un jueves fue, lo recuerdo porque es el día en el que se juntan a tomar el té. Esa mañana había recibido uno de los tantos llamados en los que la voz de una mujer me advertía que mi marido, en ese mismo momento, estaba en un hotelucho de baja estofa con una de sus clientas. Después de estrellar el teléfono contra el piso, no pude

más que llorar y salir corriendo a casa de mi madre. Ahí le conté todo lo que me pasaba sin percatarme siquiera de que Clara estaba escuchando. Pero resultó útil. Ella sacó una tarjeta a nombre de la agencia y me dijo que preguntara por un tal Dylan.

Cristina Murray se removía en la silla mientras narraba con excesiva precisión su historia. Había tomado al pie de la letra mi pedido de narrar minuciosamente todo. Lo hacía con gran elocuencia y yo me estaba cansando antes de empezar. Nunca fui un gran escuchador. Ese era Dylan. Él sí que era capaz de estar horas escuchando historias sin que le importaran nada. Sabía disimular. Yo no. Detesto hacerlo y fingir no es mi fuerte. ¡De cuánto

puede servirme saber todo esto! Hay un tipo muerto. Asesinado. ¿Qué me importa a mí quién la recomendó? Dudo que la cogotuda de la Meyer sepa que la hija de su también cogotuda amiga asesinó al marido.

—Pero todo esto no tiene tanta importancia. Lo importante es que los llamados se repitieron y fueron en aumento. Tuve que soportar que esa mujer me humillara cada vez que levantaba el teléfono. Siempre decía lo mismo. “Tu marido en este momento está cogiendo con Gladis Arriola”. Yo la conocía, era una de las clientas más antiguas del estudio de mi marido. La voz aparecía casi todos los días en diferentes horarios. Era increíble, por eso yo le preguntaba constantemente sí

tenía una amante. Era para que me lo dijera. Pero él se molestaba y hasta llegó a insultarme y decirme que estaba enferma. Así pasó el tiempo. Me obsesioné con la idea de que mi marido me engañaba. Incluso, creo que me importaba más saber la verdad que ser una cornuda. No sé...

—...

—Por eso decidí matarlo.

—¿Cómo dijo?

—Que por eso decidí matarlo... pero me arrepentí. Enseguida...

—No entiendo... ¿decidió matarlo o fue un accidente?

—Fue un accidente, ya se lo dije... si no me interrumpe voy a poder explicarle.

—Ok... la escucho, pero sinceramente, no llego a entender.

—Es simple... lo maté sin querer.

Mi paciencia tiene un límite y la verdad, no es muy extenso. Cristina Murray me estaba volviendo loco. Me confundía. Sin reparar en ella abrí el cajón que escondía mi petaca y empiné un trago largo que terminó salpicándome la ropa. Por instinto extendí mi brazo para convidarle un trago del mejor whisky a esa chica que trataba de ser mi clienta. Apenas levanté la mirada sus ojos me miraron con la sorpresa. Igual agarró y tomó un trago largo. Las lágrimas en sus ojos esta vez no eran por el crimen de su marido. Cristina Murray tragó con dificultad y me devolvió la petaca.

—Gracias. Lo necesitaba.

—Yo también...

—Fue un viernes. El día después de que Clara me diera su número. Estaba desesperada. Buscaba en toda la casa un rastro de algo que me confirmara que el muy hijo de puta me estaba engañando. Así la encontré. No podía creerlo. Encontrarla fue una sorpresa y a la vez un escape. Apenas abrí la puerta del armario del escritorio me quedé helada. Nunca me había dicho que en la casa había un arma. No sé qué hubiese hecho si me lo contaba. Pero no lo hizo. Mi esposo tenía una pistola en nuestra casa y yo no sabía nada. Me desesperé. Por primera vez sentí que me traicionaba. Que me ocultaba cosas. Cómo

podía ser que tuviera un arma y yo no lo supiera... ¿Cuántas cosas más me ocultaba? No necesité encontrar más. La existencia de esa pistola indirectamente confirmaba que mi marido tenía una amante.

Está más loca de lo que pensaba. O es más inteligente de lo habitual, pensé. Sea una o la otra, nada coincide con el envase. La belleza y fragilidad aparente, con el relato se fueron desvaneciendo. Cristina Murray no es solo esa chica hermosa y compungida. Es una mujer, incluso dispuesta a matar.

—Ese día encontré la pistola. También había una caja de balas. Nunca me voy a olvidar la extraña sensación al ver el brillo de cincuenta balas acomodadas como en un blister de

plástico. Una por una las puse en el cargador. Entraron doce. Las últimas tres me costaron ponerlas. Estaba muy duro. Pero pude. Puse el cargador en la pistola y la guardé en el cajón de los cubiertos. Estaba decidida: esa noche lo iba a asesinar.

El relato de Cristina estaba en su mejor momento. No podía soportar el deseo de otro trago. Mientras la escuchaba, estiré la mano y agarré la petaca. Esta vez la empiné sin dejar de mirarla a los ojos. Quería ver su reacción. Ni se inmutó. Siguió contando mientras estiraba la mano en busca de su segundo trago. Cuando me devolvió la petaca, la dejé sobre el escritorio. Ya no tenía sentido guardarla.

—Lo esperé en el sillón. Dejé las luces del

comedor apagadas, solamente la lámpara de pie que él usaba para leer quedó encendida. Fumé medio paquete. Se retrasó más de la cuenta y ya no podía contener el llanto. Exploté apenas atravesó la puerta. Lo insulté. Él parecía no entender mucho lo que estaba pasando. Se reía...

—¿Se reía?

—Sonreía. Creo que más por los nervios que por otra cosa. Pero en ese momento me sacó de quicio... me le tiré encima. Le pegué. Él esquivaba los golpes. Los que podía. Y trataba de sostenerme los brazos. Hasta que logró zafarse y se fue al cuarto.

—Entonces...

—Fui a la cocina, abrí el cajón y agarré la

pistola. Me temblaba la mano. Cuando me di vuelta, estaba ahí, adelante mío... y disparé.

Cristina Murray estaba exhausta. El rostro de mujer bonita aniñada se le había desfigurado por completo. Parecía mucho más vieja que un par de horas antes. Ya no quedaban restos de rouge en sus labios. Un poco por el trago, otro por el inevitable paso del tiempo. No sé por qué, pero esta Cristina me excitaba más que la otra. Quizás fuera el whisky, o la situación de tenerla adelante, vulnerable, y a pocos centímetros de mi cama. La miré fijo a los ojos y no pude dejar de hacerlo. Me sentía en un trance extraño. Tanto que por uno segundos me olvidé de que esa mujer acaba de confesarme un asesinato. Estiré la mano

por encima del escritorio hasta llegar a las de ella que justo se ovillaban entre sí. La acaricié, mucho más lento y suave que una caricia de contención.

—No te preocupes, yo voy a ayudarte.

Le dije tuteándola y apenas solté las palabras volví a la realidad. Cristina Murray me miraba sonriente mientras ladeaba la cabeza de un lado a otro para sonar su cuello.

—Gracias —dijo—. No sé cómo voy a pagarte esto...

—Ya veremos —contesté alargando el juego de seducción que había empezado con la caricia súbita—. Vamos, tenemos que ocuparnos del cuerpo.

—Una cosa más —dijo mientras se levantaba

y alisaba la falda.

—¿Qué pasa?

—El cuerpo está en el baúl de mi auto.

—¿Adónde?

—Acá abajo.

V

Antes de bajar, acordamos una buena suma. Seis ceros. Adelante, un uno. Moneda nacional, obviamente. Cristina no dudó en aceptar el trato. No valía la pena meterse en semejante quilombo por menos plata. Si sale bien me salvo para todo el camino; si no, la guita tendría un solo destino: pagar abogados.

Salimos al palier. Por instinto cerré la puerta con llave, aunque dejé las luces prendidas. No había ni un alma en el edificio, lo que me tranquilizó mucho. No era bueno que me vieran con esa mujer. A partir de que acepté el trato, todos mis movimientos debían ser calculados minuciosamente.

Entramos al ascensor. El espejo le devolvió a Cristina su nuevo rostro. Se soltó el rodete y movió la cabeza, esta vez con la intención de que el pelo se acomodara. Yo, mientras, pensaba cómo deshacerme de un cadáver. Estaba agotado, pero tenía que tratar de pensar lo más rápido posible. Faltaban dos pisos para llegar a planta baja. Ahí me iba a encontrar con un auto convertido en ataúd.

Cristina Murray se apuró a bajar del ascensor. Los tacos resonaban en el vacío del hall de entrada al edificio. De nada servían a la acústica la flaca palmera enterrada en un macetón de cemento pintado. Tampoco el espejo gigante que multiplicaba los ascensores. La puerta de calle estaba abierta. Me llamó la atención que al bajar el picaporte abriera como si nada. Estuve a punto de frenarla, pero al ver que ganaba la calle, metí las llaves en el bolsillo y apuré el paso para alcanzarla.

—Es ese.

Señaló con el mentón un Mustang rojo. El mismo rojo que su vestido. Parecía que la mujer lo había elegido en combinación. Otra vez metió la mano en el sobre rojo. Un llavero con

una pelotita de golf oscilaba en el extremo de la llave del Mustang, la agarré y troté hasta el auto. Mientras lo hacía pude sentir el frío de la pistola que me había dado Cristina Murray. Ya estaba limpia. Ahora tenía que hacerla desaparecer junto con el cuerpo.

VI

Nunca voy a entender por qué me metí en semejante quilombo. Dylan seguramente no hubiese aceptado el caso. Con la destreza que lo caracteriza habría inventado alguna excusa que además de sacarse de encima a Cristina, lo hubiese hecho quedar como un duque.

Apenas puse la llave en la cerradura del baúl del Mustang un frío extraño me recorrió la espalda. Me acomodé el cuello del gabán y levanté la tapa. Indescriptible. La sangre parecía brotar de la cara del tipo. El disparo había sido tan de cerca que se podía sentir el olor a pelo chamuscado. Busqué a Cristina con la mirada, pero ya no estaba. Bajé la tapa. Me limpié las manos contra el gabán casi instintivamente. No las tenía manchadas, pero las sentía sucias. Busqué a Cristina Murray por todos lados, pero fue en vano. Se había ido. Cada segundo que pasaba me desconcertaba todavía más. Sobre todo, no entendía cómo me había enredado en las palabras de esa loca de mierda. Ni toda la guita del mundo justificaba

semejante quilombo. Mejor llamar a la policía y hacer la denuncia. Sacar los pies del plato. Después de todo, ser buchón es parte de nuestro trabajo.

Apenas lo pensé escuché las sirenas acercándose. No tuve tiempo de nada. Ni de explicar lo que estaba pasando. En cinco minutos estaba esposado, con la cara pegada al capot del Mustang, apenas iluminado por la luz de la calle. Me metieron en la patrulla. Recién entonces pude levantar la cabeza. Dylan estaba ahí, entre todos los policías. Me señalaba con la cabeza mientras sus manos descansaban en los bolsillos de su fino tapado de paño italiano. Cuando el patrullero dobló en la esquina pude verla. Cristina subía a un auto gris, del

lado del acompañante. Al volante, con el auto en marcha, la esperaba otra mujer. No sé si fueron los nervios o qué. Pero estoy casi seguro de que la que manejaba era mi esposa. La misma que se cogía Dylan arriba del escritorio de la oficina.



LA ENFERMEDAD



1

—Por favor te lo pido... matame.

El cuerpo de Mercedes ya no pesa. Las escaras parecen estar pegadas a los huesos. Pero igual está hermosa. Por eso no quiero matarla. No podría hacerlo. Me lo pide todas las mañanas apenas abre los ojos y me ve ahí, parado al lado de la cama con el desayuno en la mano. Pero yo no puedo hacerlo. Soy

egoísta. Prefiero tenerla así a no tenerla. El dolor de la pérdida sería mil veces mayor que el que ella pudiera estar sintiendo.

2

—Aguantá, mi amor... sin vos no podría seguir viviendo.

El café con leche me salió con mucha espuma. Así le gusta a Mercedes. Me acuerdo la cara de culo que puso el día que la vi por primera vez, cuando el mozo le trajo el cortado. El cafetero todavía no le tenía la mano a la máquina. Me acuerdo que miró el café, y sin mover la cabeza subió los ojos y pidió

que se lo cambiaran por uno bien hecho. Así le dijo al mozo, que no entendía mucho qué tenía de malo el cortado que le había llevado. No tenía espuma. Eso era. Me tuve que contener para no meterme. Quise decirle al mozo que era obvio, que se veía desde lejos que ese cortado no tenía espuma. Nunca me voy a olvidar de esa tarde. El sol reventaba contra la vidriera del London y se proyectaba hacia adentro iluminándole la cara. Me acuerdo que en varios momentos me quedaba embobado mirándole el pelo. Los rayos de sol se le colaban entre los mechones. Estaba hermosa. Como ahora, aunque el pelo ya no le brilla tanto y ella prefiere no mirar el sol. Lástima que ni la espuma del café con

leche que le hago sirva para que se mejore. Igual, todas las mañanas subo y la despierto con el desayuno completo. Café con leche, tostadas, manteca, mermelada de ciruelas y un exprimido de naranjas. Se lo dejo en la mesita de luz y me voy. Yo sé que ya está despierta, pero me gusta el juego que hace. Apenas escucha rechinar la puerta, cierra los ojos y se hace la dormida. Entonces, camino despacio. Las tablas del parqué crujen a cada paso, pero ella, nada..., sigue con los ojos cerrados, boca arriba, con la cabeza hundida apenas en la almohada de plumas. Prefiero no mirarla. Así, si abre los ojos para ver qué estoy haciendo, no se siente descubierta en el juego que cada mañana nos une más. Por

eso corro con sigilo las cosas que hay arriba de la mesita, apoyo la bandeja y me voy con la esperanza de que esa mañana coma algo, aunque sea una tostada con dulce.

3

—Necesito moverme... siento fuego en la espalda.

Hace un año que la tengo en casa. Al principio estaba bien. Fuerte, vital, exultante. Se vino abajo de a poco. Todos los días un poco más. Tan lento que los cambios parecen imperceptibles. Hasta que la comparo con el recuerdo de aquella tarde en el London. O con

la mañana que entró por primera vez a esta casa. Ahí sí que me doy cuenta que está mal. Que el cuerpo parece que ya no va a resistir. Que la cama la lastima. Me doy cuenta, también, cuando la limpio. La espalda la tiene en llamas. Esos días son los más duros. Cuando hay que limpiarle las heridas. Por momentos flaqueo y pienso en hacerle caso. Pero no puedo. Yo no soy esa clase de persona.

4

—¿Te acordás el primer día que compartimos esta cama?

La deseo. Mercedes es el amor de mi vida.

Pero no es por eso. Es por lo mismo que la elegí. Algo cambia cuando la veo. Dejo de ser lo que soy, por ella. Porque con Mercedes me siento más hombre. No me importa cómo esté, igual cuando la miro siento lo mismo que el primer día. Es como una especie de cosquillas en la entrepierna. Un hormigueo que nace en la parte de abajo. Mercedes me calienta desde el primer día que cruzamos miradas. En ese preciso instante que mis ojos chocaron con los de ella lo supe. Apareció el cosquilleo y lo supe. Por eso la elegí. Y no tardé en llevármela a la cama. La misma en la que ahora ella pasa todo el día. Todavía me acuerdo de la primera vez. Entramos a la habitación, no pudo resistirse, había tenido que llevarla en brazos.

Me gustó la idea del juego de recién casados. Es que eso es lo que sentía. Sentía que ella era para mí. Que con ella no sería como con las demás. Me acuerdo que la apoyé suave en el colchón. Mercedes tenía, todavía, los ojos cerrados. No sé si los abrió. Lo que sí sé es que la besé. Como nunca a nadie. Profundo. Todavía tenía en la boca el sabor a café. No quise despegarme ni un centímetro de su boca. Y mientras la besaba la iba desnudando. Hasta que la sentí lista. Y la penetré. También como nunca antes había penetrado a nadie. Pude sentirla mientras me deshacía sobre ella. Fue entonces cuando sentí en el beso la sal de sus lágrimas. Mercedes lloraba. No íbamos a separarnos nunca.

—¡Si es verdad que me amás, matame!

Ya le dije que no voy a hacerlo. Mercedes lo sabe. Sabe de mi cobardía. Lo que más me preocupa es que crea que no la amo. Que hago lo que hago por egoísmo y no porque la necesito. Siento que me mira con desprecio y eso es porque no hago lo que me pide. Es ella la egoísta. Ella, Mercedes, se comporta como una egoísta cada vez que me pide que la mate. Cuando pienso en darle el gusto, imagino que el veneno podría ser el camino. La salida. Mezclarlo en el café con leche. Esa podría ser la opción menos dolorosa para ella. Menos traumática para mí. Tendría que hacerlo como un gesto de amor.

—Si querés irte de verdad, tomate todo el café...

Mercedes se niega a tomar el desayuno. Le digo que si es verdad que se quiere ir, tiene que tomar el café con leche que le hice. Que ahí está su pasaje a esa libertad de la que tantas veces me habla. Ahí está su decisión de dejarme solo. Ahí, en la bandeja que dejé arriba de la mesita de luz está el café. Me había costado mucho tomar la decisión. Siempre fui débil para ponerme al hombro algo tan pesado como la carga de una muerte. La amo y el amor es acción más que palabras. Por eso creo que tomé la decisión correcta. Aunque me duela. Aunque

a ella le parezca mentira. Tenía que hacerlo. Mercedes no puede seguir así. Está casi piel y hueso. Me miré a los ojos en el espejo del baño y me dije que tenía que hacerlo. Bajé a la cocina y como todas las mañanas le preparé el desayuno. Café con leche, tostadas, manteca, mermelada de ciruelas y un exprimido de naranjas. El mismo de cada mañana desde hace un año. El mismo. Apenas lo terminé se lo llevé. Abrí la puerta y antes de que cerrara los ojos haciéndose la dormida pude verla despierta. Entré no tan tranquilo. Tenía miedo. No quería que se me notara en la cara. Por eso no la miré a los ojos. Bajé la vista y la fijé en la espuma del café con leche. Entonces le dije, mientras apoyaba la bandeja, se lo dije. Que, bueno, si esa era su

decisión que la aceptaba. Que si quería irse de verdad, para siempre, que se tomara todo el café. También le pedí que me dejara quedarme ahí, con ella mientras lo hacía. Mercedes parecía no creermelo. Hasta que se movió, lentamente, para que el cuerpo curtido le doliera lo menos posible. Alcanzó la taza y se la llevó a la boca con las dos manos. Lloraba. Ella. Yo también. Podía escuchar el esfuerzo que hacía para tragar. Poco a poco se fue tomando el café con leche con espuma que le preparé esa mañana. Apenas lo terminó me dio la taza y se desmoronó sobre la almohada. No pude mirarla más. Clavé la vista en el fondo de la taza vacía y salí de la habitación. No podía mirarla. No podía. Nunca pude soportar la mentira.

7

—¿Por qué a mí?

Cada vez que me lo pregunta, yo no sé qué responder. Es injusto. La falta de una respuesta, es una de las injusticias más dolorosas. ¿Por qué?, se pregunta Mercedes acostada en la cama. ¿Por qué a mí?, dice. Pero yo... no tengo respuesta.

8

—No te muevas, por favor, no quiero lastimarte.

Cada vez me cuesta más fijar los ojos en la

punta de la aguja. No me gusta ponerme lo anteojos. Me hacen sentir viejo, débil, desvalido. Prefiero entrecerrar los ojos y hacer fuerza hasta que la aguja entre en foco. A veces cierro el izquierdo y con el derecho la veo. Filosa, brillante, húmeda. La gota transparente que le sale de adentro se escurre hasta la base. Ya no queda aire. Está lista. Pero el que no está listo soy yo. Me tiemblan las manos. Me transpiran. Tengo que hacerlo. Mercedes lo necesita. Apenas desperté supe que iba a ser necesario inyectarla. Descalzo, fui hasta la heladera y me aseguré de tener ampollas antes de arrancar con el desayuno. Mercedes necesitaba dormir. Desde el engaño se había puesto más violenta que nunca. Me insultaba. No podía

acercarme. Por eso era mejor tranquilizarla. Estaba demasiado débil para que perdiera la poca energía que tenía en una disputa inútil. El sol pegaba bastante duro cuando cargué la jeringa. Me aseguré que no le quedara ni una burbuja, y recién ahí subí. Esta vez llevaba en la bandeja la botella de alcohol, algodón y la jeringa cargada. Entré. Mercedes estaba dormida. Me acerqué lo más sigiloso que pude y me senté en la cama. El brazo izquierdo estaba extendido. Lo agarré con una mano y pasé la goma tubo por debajo. Después la até. Debo haber apretado mucho, porque apenas hice el nudo se despertó. Me miró con los ojos entreabiertos. “Perdoname”, quise decirle, pero era tarde. Le busqué la vena y traté de acertar

en medio de sus movimientos espasmódicos. Tuve miedo de lastimarla. Se lo dije mientras le aferraba el brazo para clavar la aguja. El frío del metal parecía quemarle la piel. El brazo terso comenzó a desvanecerse. La besé en la frente y volví a pedirle perdón.

9

—No siento las manos...

Entumecida, débil, lastimada. Así despierta Mercedes del letargo de las drogas que tengo que inyectarle cada vez que empeora. Media hora antes de que abriera los ojos subí con el desayuno. Mientras me acercaba a la

habitación pensaba en los cinturones. Tengo que comprarme otro. Uno más. Así serían cuatro. Uno de cuero, ancho, con hebilla pasante. Como los otros tres. Quizás encuentre alguno que le guste a Mercedes. Por lo pronto, uso los que tengo. Uno en la pierna derecha. Los otros dos en las manos. Quizás los haya ajustado mucho.

10

—Si pudiera, volvería el tiempo atrás. Te lo juro.

Verla llorar me lastima. Sobre todo porque su gesto de tristeza se va grabando en mi

memoria quitándole el lugar a la sonrisa amplia. Ella hablaba por teléfono la primera vez que reparé en su sonrisa. Fue en el London. Justo una semana después del día en que la conocí. Había un libro abierto sobre la mesa y su cortado reposaba al costado. Mercedes sostenía el celular con el hombro. La cabeza ladeada hacia la izquierda le dejaba el cuello desnudo. Y sonreía. Soltaba palabras casi en silencio. Y se reía. Sin ruido, solo estiraba el costado de la boca y dejaba ver los dientes blancos y parejos. Debo reconocer, a la distancia, que me molestó verla en esa actitud de intimidad, ahí, frente a mí. Recién la conocía, no tenía derecho a ponerme celoso. ¿Celoso? Sí, es que así me puse. Sentí celos de que

esa chica no fuera mía. Me acuerdo que para tratar de frenar el calor de la vergüenza que me subía por el cuello hasta las orejas, fijé mi vista en su sonrisa. Lástima que ahora, cada vez que la miro, esa mueca sutil de dulzura se haya trocado por la del dolor y la tristeza.

11

—Espero que pronto llegue el final.

Cuando Mercedes habla del final, no puedo más que pensar en el principio de nuestra relación. En el London. En el día que el sol entraba por la ventana. También en el que ella hablaba por teléfono y leía. Leía y marcaba

con un fibrón. También anotaba en el margen de las hojas. Después supe lo que escribía, lo que marcaba. Incluso, ahora, busco el libro entre sus cosas para releer sus palabras escritas en aquellos días. Cuando aún sonreía. Es mi forma de volver al principio cuando ella me pregunta por el final. Me gusta agitar las hojas del libro. Sale un olor antiguo. A flores secas. Como si Mercedes acostumbrara a secar flores entre las hojas de los libros. Me gusta pensar que Mercedes pudo haber hecho eso en el pasado. Me gusta pensarlo porque entonces ella valoraría lo que hago. Porque entendería que ella es mi flor y que por más que se esté secando, quiero tenerla conmigo y protegerla.

—Mové un poco las piernas... te va a hacer bien.

Parecen dos ramas que nacen en los nudos a los que se asemejan sus rodillas. El cinturón está abierto, pero Mercedes no quiere moverse. Está exhausta. Es que no come. Si sigue así, voy a tener que ponerle un suero. No voy a dejar que se vaya de un momento a otro. Prefiero que se apague lentamente. Que se extinga como la llama de un encendedor sin gas. Quizás deba resignarme y dejarla ir. Ayudarla para que todo termine. Para ella. Y para mí. La miro y en el rostro, también se le nota el paso del tiempo. Pero es en las piernas de piel

cuarteada donde se muestra más el deterioro. Necesito hacer algo. Dejar de pensar que sufre. Abro el cajón y saco el pote de vaselina. Me siento en la cama y el movimiento del colchón le hace abrir los ojos. Le digo que se quede tranquila. Que no le va a doler. Mercedes mira el pote y sabe que le estoy mintiendo.

13

—Vos nunca me amaste.

Le digo que sí. Que desde esa tarde en el London, la amo. Que la amo, incluso, antes de conocerla. Porque siempre la imaginé. Porque siempre quise tener a mi lado a una

mujer como ella. Pero ella no puede entenderme. No. Y por eso me lastima con sus palabras. Aunque le diga mil veces que la amo ella siempre va creer que no. Trato de recordarle esa tarde. La que la vi en el London. Ella leía una selección de cuentos de Poe. Yo no podía hacer otra cosa que mirarla. Hasta que se levantó, dejó un puñado de billetes sobre la mesa y salió. Hice lo mismo. Me paré, tiré uno de veinte y salí apurado, para no perderla. Me acuerdo que me choqué una mesa en la carrera. Cuando llegué a la vereda, Mercedes estaba a punto de subirse al colectivo. Troté y alcancé a subirme yo también. Y fue ahí que hablamos por primera vez y que nuestras miradas se enlazaron para siempre. Me acuerdo

que le dije gracias. Ella me había visto correr y le avisó al chofer que frenara. Sin darse cuenta, aunque ahora lo negara, había facilitado todo para el encuentro. No tenía por qué quejarse. La acompañé hasta la casa. Antes de llegar, en la esquina quise besarla. Ella no. Insistí, con fuerza, hasta que quedó rendida en mis brazos.

14

—¡Qué lindo es volver a verte feliz!

La torta está sobre la mesa. Tiene crema y cinco frutillas colocadas como si fuera la cara de un dado. Un cartelito de un dorado artificial

dice Feliz Cumpleaños con una tipografía que marea de tanto firulete. La luz tenue de la única vela ilumina apenas la cara de Mercedes. Apenas, pero lo suficiente como para que se le note la hermosa sonrisa. Me emociona verla así. Saber que esa sonrisa no es algo que yo imaginé. La miro soplar la vela. Seguro pidió los tres deseos antes, porque la vi cerrar los ojos mientras inflaba los cachetes. Y sopló. Ojalá lo que haya pedido se convierta en realidad. Alguien prende la luz y se ve subir el humo blanco de la velas hasta perderse. Entonces llegan los abrazos. Uno, dos, tres...

Su rostro queda de frente. Parece mirarme... Ahora está tendida en la cama, mientras su cara sonriente se congela en el televisor

que tenemos enfrente como si fuera un espejo trucado. Debajo de la sonrisa aparece un cartel. Las letras son blancas. También hay números: 0800-TE-BUSCO (83-28726). Y abajo: *Cualquier información que pueda brindar sobre el paradero de Mercedes Luna comunicarse al número en pantalla o directamente con la policía.*

Mercedes llora al verse. Yo también.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina